



SONAMBULO DEL SOL

Fragmento de una novela inédita

NIVARIA TEJERA

NATURALMENTE él había escuchado sus nombres, sabía un poco de sus vidas, quiénes eran, qué hacían, hacia dónde iban... Al mismo tiempo sabía ciertamente un mínimo de cada uno de ellos. A este lo conocía ya de antes, de no importa qué año. Era acaso el que participaba en las conversaciones escuchando lo que se hablaba de los otros, y aquél, aquél lo conocía por sus ojos siempre fijos, por su sonrisa siempre fija, por el aire despectivo y distraído con que escuchaba cuando se habla de las múltiples abstracciones de los mediodías anonadados, entre las que no importa quién podía igualmente ser un espectador entendido, el centro de las discusiones o el dispersador encarnizado, todos allí en la sombra incandescente tanteándose a ciegas, desapareciendo.

Hubiera podido escoger otro tiempo para visitar a su amigo, cualquier otro día, cuando no estuvieran los demás. El ignoraba su múltiple existencia pero intuía que el encuentro estaba destinado a ofrecer su amistad, a llevar adelante un diálogo comenzado ya en silencio hacía tantos años en vagos ausentes encuentros a la deriva bajo el sol.

Los amigos lo acogieron con el habitual movimiento aletargado de las retinas impuesto al recién llegado, con el placer de que fuera otra vez (la última, la desconocida, la más hueca su tibio diapasón detonador su hibridismo que en el claroseuro caricaturiza el cuerpo ansioso que se inclina para avecinarse...) su voz la que dejara constancia de la frustración colectiva, como si una etapa de no importa qué relación quedara suspendida en un hilo... en una librea finísima más o menos larga permitiendo mostrar en alados relieves las proporciones groseras en cada uno de ellos, causa de aquellas coincidencias de los reencuentros,

de su aparente premeditada armonía, apariencia que los solazaba en su visión del desnudo asimilando en ellos muy oscuros rincones ajenos a la evolución natural de la relación... Seguramente los irresvenires durante los largos años de amistad se resguardaban en este suspenso, detrás de esa finísima librea casi transparente.

PARECIA no ser esta la mejor oportunidad para tanta presentación. Siendo el objeto de ellas, entre las vastas dimensiones del vestíbulo, el desconocido no podía apreciar en él — desenterrándolas — las variadas emociones que había previsto para tal encuentro...

La iluminación del gran salón se quebraba azulosa a lo largo de las paredes difusa por imaginados aparatos ocultos que como hilillos mágicos tiraban desde la penumbra las mejillas que iluminaban, a su vez, como la parte abombada de los vientres de cada uno de los reunidos. El techo se alzaba, parecía alzarse de más en más a medida que ellos se agrupaban y el efecto de su altura los reagrupaba en un vago único punto del cual ni uno solo de los movimientos, ni el más mínimo gesto podían escaparse... cualquier ademán de pies o de manos o de cabeza, cualquier voz, no importa qué intención quedaban entrecortados, quebrados, disminuidos dentro de aquel círculo configurado por formas inhabituales al rito de los viejos encuentros

café con leche tibio

puños airados sobre el mármol de la mesita del bar
del barrio chino

casi esquina a Reina y Salud

desconcertada pera de Adán reseca por el hambre
afilada temblorosa como una flauta

cada uno aislado en su ensimismamiento

anodino turbio resentido...

...las emociones que había previsto para ese encuentro... Ellos se habían conocido como todos los desconocidos reconociéndose súbitamente mirándose a los ojos mientras la luz los plantaba allí en el centro como dos láminas de mármol alzadas en todo su peso la luz que penetraba resbaladiza impetuosa como una catarata por el techo de cristales después de atravesar el pasillo tanteando en la oscuridad y al abrir aquella puerta última sólida sobre que el balance de una piedra equilibraba empotrándola por un tal suspenso entonces el bólido enceguecedor lúbrico sus cuerpos en marcha detenidos entre sí masa mineral en ignición caída de aerolitos ella y él atravesados por la corriente de aire entre la puerta (interrumpido en su aplomo por el nudo de la cuerda) y las rendijillas aletargadas — lagartijas palpitantes — del techo.

Pero con ellos debía mantenerse “en situación” como era la costumbre, al parecer, por la actitud de quienes lo

rodeaban. Se imponía imaginar que por lo menos al final de la visita un nuevo estilo en el trato despuntara un nuevo mundo despuntara el mundo que él presentía hace tiempo el mundo insospechado que transformaba aquellas reuniones en estados monótonos, suspendidos dentro de un círculo invariable, sin contrastes. Ahora veía ya el vaso, su cristal, su agua nacarada, la perla que producen en un punto dado los reflejos, su peso. Por un momento hubiera querido osificar la escena, petrificar la concurrencia respetando sus colores, sus olores, sus formas y hasta sus movimientos

“como la erupción del Vesubio”

y entonces sobre la ciudad muerta, en posesión de la inmovilidad, templarse en su atmósfera, incrustarse a ella.

Comenzaba a cansarse todos tiraban y tiraban de la misma cuerda dilatándola con ahinco feroz hacia su lado... pero todos resistían como si el aflojar un poquito debiera significar la negación de su existencia allí... El tiraba a su vez para no perder pie y existir a sus ojos, para que los otros existieran frente a él, él tiraba y tiraba... pero el cansancio lo dominaba de más en más. Era tan fácil abandonar el juego... en realidad nunca debió haber participado. ¿Qué hacer? Aunque participar resultaba necesario, era una manera de formar parte de ellos... acaso tampoco ninguno de ellos, en el fondo, deseaba el juego... No, esa posibilidad la descartaba, por lo menos debía aceptar que los efectos se producen por las causas... si bien tenía que despojarse de tantos conceptos equivocados... Miraba a su alrededor buscando alguien que no viera debilidad en su esfuerzo y en todo caso para hacerle comprender que esa debilidad frente a ellos era inevitable, una especie de acercamiento... Animados por este pensamiento seguramente ellos aflojarían, aflojarían. No, él lo sentía, los demás continuarían estirando, sí, era su sentido del equilibrio sin duda... su afición a sobrevivir, su modo de ir tomando conciencia de los otros. Dócilmente, poco a poco, como el pescador afloja la cuerda a todo lo que da de sí confiándose al peso, a la sustancia del anzuelo, él cerró los ojos distorsionándose como una onda hacia longitudes, espacios, descomposiciones que no le eran completamente desconocidos...

Ciertamente ellos estaban en lo justo.

Esta vez no quería proponerse, imaginarse un camino de regreso a movimientos anteriores, era natural desarrollar aquellos encuentros, proclamar círculos diferentes, perspectivas que le hicieron olvidar sus espíritus sometidos a un destino repetido, concéntrico, inalterable, balanceados por un absurdo que podía tanto llamarse distancia como ignorancia o simplemente desgano... entre ellos y el resto... No pudiendo seguir su ritmo, los tanteos indis-

pensables que exigían de su presencia, no le quedaría otra solución que hacerse el ciego, el sordo, el mudo, salvar a tientas paso a paso los reales volúmenes de la espiral imaginada hasta hallar el punto de contacto, la primera aguja de la telaraña... Allí el tiempo cumpliría sus ciclos dentro y fuera de él y los objetos, las palabras, los frotamientos — como decir los cuerpos — desprenderían vida... allí donde ahora los áridos desplazamientos paralizaban su sangre confundiéndolo.

NADA. No sabe nada. De pronto el gran vacío la soledad el cardo reproduciéndose en la boca del estómago un grano de arena entre sus dedos líneas al garete acumulando horizontes que nunca atravesaría apareciendo y desapareciendo... por qué esta perpendicular a la otra cóncava sinuosidades imprevistas bruscas vegetaciones indescifrables aerolitos erosiones donde el infinito parece sucumbir frente a él? Más allá casi invisible inmóvil sobre el mar el sol duro filtrante impregnando sembrando disecando borrando los seres y las cosas en un espacio desamparado resignado.

Las dudas reaparecen como siluetas entrefijadas a lo lejos, amplias superficies que abarcan el horizonte, oscureciendo, palideciendo, animándose al más pequeño roce, aun del eco, al reafirmar él las palabras ya frágiles, frías, incommunicables. En apariencia todo ha quedado establecido, aunque el diálogo no aparecía elaborado sino que se iba enriqueciendo con la experiencia de cada uno en un proceso que obstinadamente reaventaba en ellos sus opacas conclusiones y los rehabilitaba. Entonces todos se miraban sacudidos, unos frente a otros, ansiosos por hallar convergencias que aplacaran el proceso verbal que no cesaba de aglutinarlos en aquella tierra mavediza observándolos involuntariamente? no cesaban de preguntarse... hacia ese centro donde los reptiles encuentran espacios. Cómo crear un diálogo que se desarrollara ajeno a esa ignorancia mutua que provocaba la reserva y su incoherencia, no tan impenetrable como inoportuna garra de qué impotencia contenida, de cuanta moderación frustrante, de cuanta insustancialidad...? No, había que vivificarse, auxiliar al otro, a fincarse a él (al menos momentáneamente) comprobando que cedía al hábito de unos quehaceres impuestos por la misma angustia que les corroía... Si al menos hubiera sido posible detenerse, prolongar aquellos mismos espacios que parecían comunicarles un cúmulo de ideas desde hace tiempo esbozadas a tientas — gritos gestos desgarramientos ocultos no hubieran podido asentar más en ellos esa quietud de las frases limitadas a su distancia y no obstante sin eco, porque carecían de su convencimiento, de su peso... Pero tantos movimientos impalpables bien pudiera significar algo... Las palabras se delineaban secretamente,

como los volúmenes zigzagueantes de las pesadillas permitiéndose el juego de arrastrar a todos al círculo despoblado de sus dudas abandonándolos allí, desprotegidos, desconocidos, tensos como esos hilillos invisibles que las miradas desprenden, su voz sobre un tono agudo, quebrado, disonante

“cómo, qué, desde cuándo?”

“carajo chico quién lo iba a pensar

“qué qué

“cómo no cómo no!”

y cada cual iba quedando desvestido descarnado, despojado de su caparazón porque nunca había sido verdaderamente una, porque nunca nada era verdaderamente y ese despojo era como un airecillo frío que una a una las palabras vacías de sentido iban cambiando de dirección entre sus múltiples titubeos... La distancia entre el presente y el pasado de una angustia (transitoria) aparecía más palpable que de costumbre entonces, a tal punto que no importa qué movimiento tomaba la significación de algo fantástico y la acción rezagada, perpleja, parecía acumular aliento, atrincherarse en espera de un nuevo acontecer...

COMO ARAÑAS temerosas huidizas al roce inesperado de unos dedos ellos temblaban parpadeando pirueteando sobre sus patas tejiendo y destejiendo el vacío, dilatándolo como una masa acaramelada, reproduciendo dibujos aéreos, como acontece con el humo al chocar los obstáculos... todos aguardaban un instante de inatención, algún impedimento, otra presencia, la llegada imprevista de alguien extenuado de locura, de algún maníaco, de algún ebrio, una presencia real, más cuadrada, que aniquilara el sentido de tanta palabra intercambiada una y otra vez sin otro fin que el de entretener el tiempo que parecía definitivamente poseerlos.

Insospechadamente asomaba un espacio pleno de tanta penumbra compacta como pudiera ofrecer el silencio o de tanta luz como la que ofrecen siempre dos puntos distantes, por el efecto de su distancia... insospechadamente, así, un espacio que la casualidad emplazaba en un punto equidistante y delineado por otros planos ya familiares, de modo que el muro que los separaba parecía haberse vuelto invisible, de modo que a través del espesor de aquella penumbra, de aquella luz, de aquel espacio se configuraba de nuevo, amparándolos, una perspectiva de supervivencia, la pendiente de otro día...

El tiempo los acogía, pues, los confinaba en los mismos ciclos... Aparecían todos frente al gran espejo, un cristal de no se sabe cuántos metros, unos veinticinco por cuatro, todo a lo largo del gran muro. El se reconocía allá atrás, en la dilatación del reflejo

Napoleón I en el campo de batalla
velado por los virulentos pinceles de Gericault
emergiendo de los caballos de los bigotes de las botas
agitado por un pase de magia
como los personajes plegados acaracolados de papel y
de encantamiento
de los juguetes chinos
que un soplido yerguen en el infinito
rígidos burlones hechizados

De pronto, como sucedía siempre, él caía en la misma trampa, como si el no haber previsto lo que podía acontecer — entregándose confiado a los otros — lo llevara siempre a esa barrera de donde emanan los millones de puntitos de globitos de piedrecitas lúbricos y disparates de cada pensamiento...

Inhábil él agujoneaba las materias desconocidas, maravillado. Sus miembros se agrandaban comenzando ya a oprimirle, atenazándole la respiración mientras las materias se dilataban y compunjían y como esponjas absorbían el agujón. El enhebraba la sogá, paciente, miraba en torno suyo y sonreía, hincaba, sonreía, hincaba... y al consarse volvía a su posición primitiva obedeciendo al movimiento de sus palancas, bajo una y otra flexión de más en más exactas, en un intento de alcanzar la ventana acristalada, un ojo de buey que insustancialmente habían construido cerca del techo, imaginando quizá emplazar allí un gran reloj ovalado de esos que dan las horas a ambos lados... Ya no podía dejar su sitio... Como había podido esperar hasta entonces que voluntades plenas de generosidad iban a tenderle sus brazos a fin de conducirlo a playas de cielos con rayas azulosas, a los verdes mares que al fin y al cabo él conocía tan bien? No, el alimento venía de ellos, y ellos se alzaban como inmensas construcciones de piedra, como grandes muros muy compactos, sin pretensión, y, como cuando se los encuentro por los caminos, hay que dejarlos atrás, pasar y dejarlos, mirar y dejarlos. Debía pues concentrar sus pocas fuerzas, permanecer a distancia o evaporarse... El ojo de buey se columpiaba dando horas ovaladas, rígidas, tortuosas y olvidadas, entre sus iresvenires, como la calcinación de gota a gota los infinitos desprendimientos iban traspasando su cuerpo de tántalo de aguas fangosas.

“te bañarás en los dulces soles
tu piel se pondrá del color que quieras
más blanca aún que el polvo de tus huesos
pero la inmovilidad
la acumulará hasta amasarlo de nuevo
vago tántalo canicular”...

Allí, en el otro extremo, él había lanzado con ímpetu la sogá, pero el vacío le devolvía el ato en unos ligerísimos

ondulados débiles movimientos con los cuales él se esforzaba en construir el puente. A veces, le parecía recibir una fuerza que venía desde el otro lado y corría, corría hasta el lugar creyendo encontrar ese alguien que retuviera el ato y levantara frente a él el puente. Pero nadie daba razón de vida, debía quedarse en el mismo centro para siempre, cucaña por donde irremediablemente treparían, a saltitos, una por una sus vértebras, mientras que una fuerza centrífuga las expele, las quiebra. Dónde, dónde las perspectivas habitables? después de haber realizado todos aquellos saltos, después de haber subido y bajado a tantos puntos, huido y todo sin entender bien por qué. Pero no era un problema de entendimiento. Aquel pensamiento fijo, aquella idea que abortaba sin cesar y que, al fin y al cabo, era su única posesión preservándolo contra todos: así, su ligera percepción del por qué se acercaba a los otros... (no había otra explicación) aquella flotante percepción de que una misma angustia les debía unir, un mismo trabajo de conciencia... y de este modo sus presencias dejaban de ser gratuitas. Había que profundizar en cualquier pequeña idea o cosa, sí, profundizar... y entonces quedaba sorprendido: sin duda sin duda un incierto común acuerdo los impulsaba sin descanso hacia aquel solitario paraje habitado sólo por ellos y sólo a ellos destinado... Los encuentros se producían regularmente en el mismo sitio y apenas si había oposición en alargar las horas dentro de aquella inmovilidad. Los temas cotidianos se desarrollaban en el mismo tono neutro implacable que había llegado a constituir como el nivel de su respiración, de su inteligencia... los problemas de Africa, los efectos de la última explosión, las revoluciones inminentes... los cambios también... las construcciones poseerían infinitas posibilidades con la serie de nuevos materiales... el equilibrio de la nueva aguja de noventa metros construida por el ingeniero sueco se lograba, dicen, por la atracción que ejercía un satélite artificial en uno de los polos provocando una carrera infatigable de electrones... Habría que emigrar a Suecia, irse de marino y quedarse en ese país que ofrecía oportunidades...

“tú, eh, que tú piensas de Suecia?”

“yo de Suecia?”

“Sería cuestión de ir uno de estos días a hablar con un capitán de barco...”

“hacer allí algún amigo y escribirle luego...”

“que se encargue él de encontrar algo”

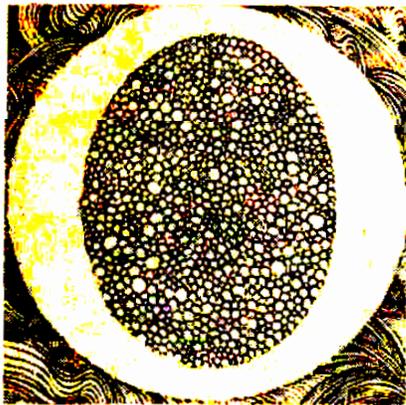
“una habitación por allí”

“algo...”

Pero él sabía que todas esas medias frases no significaban nada, que ninguna conversación, por prolongada que fuera, por abundante de razones, de opiniones, produciría un mínimo efecto sobre sus vidas, aumentaría un átomo a su

madurez, alteraría el ritmo de sus pasos, justificaría, en fin, sus presencias, aquella masa movediza de sus presencias desde donde el sol parecía crecer como una polvareda, fijarlos en la lejanía, iluminarlos apagarlos iluminarlos apagarlos sin densidad como espejismos... El sabía él sabía que un día, cuando los tiempos cambiaran, en otro tiempo que debería existir, un día un día... inexorablemente, por un proceso biológico corroborado por tantas otras experiencias, entonces aquellas pesadas presencias habrían desaparecido y vendrían a acosarle duramente, pacientemente, en otra nueva presencia, con una sequedad, con una precisión, con un atosigamiento que ya, desde ahora, éso éso... desde ahora mismo tenía que comenzar a impedirla...

Y se quedó mirando la botella, el objeto más próximo, imaginando su disección, tratando de comprender por qué colgaban de su exterior imágenes y colores, por qué se habían producido aquellos surecos en su etiqueta simulando relieves, distancias, conciliaciones sagaces de la forma y el contenido... Comenzaba a amar su peso sin tocarla y se sentía incapaz de cambiarla de sitio.



¿Y MUJICA?

(FRAGMENTO DE NOVELA)

CESAR CHIRINOS

A pesar de todo, esta violencia no está impregnada de odio, sino de amor; se trata de un amor brutal como la violencia misma, porque no es un amor de complacencia o de contemplación, sino un amor de acción, de transformación.

Glauber Rocha

Walter le dijo al hombre que aquél era su nombre y el otro, detrás del escritorio, refunfuñó para preguntar si